

## EL NIÑO Y EL CUENTO POPULAR

BRAVO VILLASANTE, CARMEN:  
*Las tres naranjas del amor y otros cuentos españoles*, ilustr. de Luis de Ilorna y Carmen Andradá, Col. «Mundo Mágico» número 22. Edit. Noguer, Barcelona, 1980.

Los últimos meses son testigos afortunados de un importante relanzamiento de la producción editorial para chicos y jóvenes. La aparición de nuevos títulos es noticia frecuente, tanto que podríamos pensar que *Las tres naranjas del amor...* es uno más entre los que recientemente han visto la luz. Pero pronto su lectura nos desvela ciertos elementos que configuran este volumen como acontecimiento singular y necesario dentro de la actual literatura infantil y juvenil de nuestro país.

Nos encontramos ante una antología bien representativa de uno de los aspectos más ricos de nuestro folklore

popular: los cuentos de tradición oral. A su vez, estas 17 narraciones muestran los tipos más frecuentes en tan amplio repertorio y a las que clasificaremos —con términos de Aurelio Espinosa— (1) en: *cuentos de encantamiento*, con 10 son los más numerosos; *cuentos y leyendas*, de los que se recogen seis, y *cuentos de adivinanzas*, con una sola narración como muestra magnífica.

Junto a dicho valor representativo, añadamos otra característica acusada: su procedencia de la transmisión oral y la consiguiente conservación tradicional en la memoria de nuestro pueblo. Transmisión oral que los ha modificado y ha dado lugar a infinitas variantes conservadas en las diferentes regiones españolas, incluso asimiladas y desarrolladas en tierras americanas como otra aportación cultural de los hombres que allí llegaron.

La narración en alta voz proporciona a estos cuentos un extraordinario poder de fijación de imágenes: la presencia viva del narrador tiene tal cer-

canía, un calor para el oyente, que graba en su memoria hasta los detalles más insignificantes. Muchas anécdotas podrían contar, en este sentido, los que han tenido ocasión de protagonizar alguna actividad narrativa dirigida a los niños y que reflejarían este valor catártico de la narración oral en estos oyentes. Por tanto, un libro como el que comentamos no ha de ser sólo para leer, sino que debemos aprovecharlo en todas sus infinitas posibilidades para restituirlos a ese origen natural, a través de la figura del contador de historias, del denominador del bello arte de narrar cuentos.

Utilicemos la clasificación antes mencionada para una somera caracterización de los cuentos de este volumen. El primero de esos grupos, los *cuentos de encantamiento*, se caracteriza fundamentalmente por la unión de lo real con elementos maravillosos y sobrenaturales. Valgan estos bellísimos ejemplos:

— En el pecho de un joven dormido (*La mano negra*) hay un río donde muchas lavanderas están atareadas en el lavado de unas madejas de lana.

(1) ESPINOSA, Aurelio: *Cuentos populares españoles*. CSIC, Madrid, 1946, tres vols., páginas XXXVII y XXXVIII, vol. 1.

- Blanca-Flor (*El castillo de «Irás y no volverás»*) anima una reunión con sus juegos y, con una vuelta, queda convertida en fuente mágica donde nadan dos patos.
- María, protagonista de *La rana y la culebrina*, coge la comida y al arrojarla sobre el rey y los invitados cae transformada en flores.

Prestigiosas investigaciones mantienen que estos cuentos tradicionales reflejan las ideas y la visión del mundo propias de la comunidad, más o menos primitiva, que los ha producido. Son, de esta manera, auténticas interpretaciones, elementales y bárbaras, de una realidad que aquellos hombres necesitaban explicarse para dominarla. Y forman una historia legendaria emparentada con los grandes mitos creados por el hombre, con lo que tenemos otra de sus características esenciales: la *riqueza temática*, distinguible en la estructura particular de algunos de los aquí recogidos:

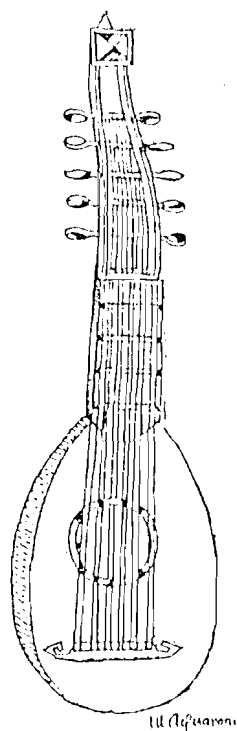
— «*Las tres naranjas del amor* es una mezcla encantadora de estos elementos temáticos:

- El príncipe que no reía nunca, episodio de claro valor simbólico en las muchas versiones existentes en el folklore europeo, conocido también como *La princesa que no se reía*, la princesa Nasmeyana del folklore ruso y que ha estudiado el formalista ruso Vladimir Propp (2).
- Cuando esa risa nace de una situación ridícula, cae una maldición sobre el príncipe, quien habrá de buscar su amor en tres naranjas. Del interior de la tercera de ellas aparecerá la novia, de modo sobrenatural: "De pronto se formó sobre el agua un montón de espuma y por entre ella salió una princesa más guapa que el sol" (pág. 11).
- La envidia de la bruja, ante la hermosura de esta princesa cuya cara ve reflejada en las aguas de un río, provocará el hechizo con un alfiler. Clara relación con el tema de Blancanieves.
- En este mismo cuento, por último, otro gran asunto: la historia de la novia o la esposa sustituida, pero que al final se verá su condición por la ayuda de su hijo.\*

Pero no acaban aquí los ejemplos posibles de esta riqueza en los temas:

—En *La mano negra* encontramos elementos utilizados, a su vez, por Perrault en su versión de Barba Azul —esa prohibición a la mujer de claras implicaciones sexuales—; de madame d'Aulnoy, las manos misteriosas de su historia *Gatablanca*, con ciertas reminiscencias del mito de Cupido en la figura del bello joven dormido.

— *La rana y la culebrina* tiene como situación básica la ayuda de un animal a cambio de la promesa de matrimonio para superar ciertas dificultades.



des. Actuación que inspira también a *La princesa rana*, cuento popular ruso.

— Con *La flor del cantueso* volvemos a madame d'Aulnoy, esta vez al titulado *El pájaro azul*: Un príncipe es hechizado y convertido en pájaro; enamorado de una bella joven, se posa en las ramas de un árbol para hablar desde allí con su amada. Pero entre el ramaje encuentra una trampa preparada por la envidiosa hermanastra de la protagonista, que se verá injustamente culpada por su pájaro-amante.

— En *El castillo de «Irás y no volverás»* otro tema apasionante, con Blanca-Flor, la hija menor del diablo. Sus variantes y estudios componen una bibliografía extensísima (3); básicamente es una versión del mito de Jasón y Medea, con otros asuntos como el caballero que vende su alma al diablo; la elección de la novia por unos vestidos tendidos a la orilla de un río; la ayuda de la compañera en la superación de difíciles pruebas; la fuga maravillosa de los protagonistas, gracias a unos objetos encantados que arrojan tras de sí, y el abrazo del olvido.

En este grupo de los cuentos de encantamiento, comentemos, por último, el de *Xuanón del cortezón*. Variante popularísima en el folklore hispánico y en el europeo, *Como la vianda quiere a la sal*, introduce la figura del padre caprichoso o incestuoso, que pone a prueba a sus hijas, y el tipo de Cenicienta que, con la protección de carácter maravilloso, podrá realizar su boda con un príncipe. Una clara muestra de la popularidad antes aludida: los hermanos Grimm lo recogen en su versión de *La mujer del manantial y los gansos* (4).

Los elementos maravillosos apenas existen en el importante grupo de Cuen-

tos y leyendas; en ellos encontramos dos grandes corrientes temáticas: «manifestaciones de la subiduría popular», que ensalzan la agudeza y el ingenio mientras castigan diversos vicios o cierta simpleza de espíritu, y el «desarrollo popular de tradiciones literarias», o dicho de otro modo, un tratamiento de auténtica recreación o adaptación.

En ese primer apartado temático el triunfo de un ingenio socarrón se une (*La mujer que comía poco*) a la sátira antifeminista, esa misogenia tan característica de nuestros «ejemplares» medievales. Resonancias que encontramos de nuevo en *El papagayo del cuento*, junto a otras claramente hispánicas:

— En ausencia del marido, aparece una alcahueta, digna compañera de Trotaconventos o Celestina.

— Se utiliza un personaje-narrador, como dilación para una desgraciada trama narrativa que —heredada de *Las mil y una noches*— adoptó en nuestra literatura el *Sendebär*, o *Libro de los engaños y asayamientos de las mujeres*. La desgracia es aquí la pérdida de la honra, y el personaje-narrador, un papagayo, recuerda al que aparece en el *Enxemplo del home, e de la mujer, e del papagayo e de su moza*, de esa misma colección medieval.

— Pero en esta misma historia se enlazan otras, donde las curaciones milagrosas se logran al romper hechizos provocados por dos negros, detalle auténticamente peculiar.

Dentro de este mismo desarrollo popular de modelos literarios, *El anillo de «por aquí»* sustituye a Ulises por una dulce niña al recrear el episodio de Politeo.

Las historias de tradición bíblica son asimismo un motivo más en este apartado. *Las cerezas* presenta con óptica próxima y familiar a Cristo y San Pedro, con una trama claramente ejemplificadora.

La mitología es también una de las fuentes para estas recreaciones. *El pastor Verdades*, en la versión asturiana aquí ofrecida, mientras es en Soria *El toro barroso*, existía ya en versiones orientales. El origen apuntado por Espinosa (5) sería el mito de Io y Júpiter, con numerosas versiones latinas medievales que hubrían actuado como eslabones tradicionales; el tema del criado fiel, puesto a prueba por la envidia de un vecino tiene como realce unos versos de auténtico sabor popular:

Por unos ojos negros  
y un cuerpo hermoso,  
partí el corazón  
al toro garboso.

(pág. 33)

Como ya dijimos, la muestra de los cuentos de adivinanzas es espléndida, *Los tres acertijos*. Tanto las adivinanzas como los acertijos eran entretenimientos muy populares y un medio frecuente para competir en habilidad mental; entre las cortes orientales y en los pueblos germánicos parece conocerse ya dicha prueba intelectual con la recompensa de una novia segura. En la península, la típica filosofía popular y nuestro humorismo enriquecieron esta

(2) PROPP, Vladimir: *Edipo a la luz del folklore*. Edil. Fundamentos, Madrid, 1980, págs. 117-118.

(3) ESPINOSA, Aurelio M.: *Ob. cit.*, págs. 470-482, vol. II.

(4) GRIMM, Jacob y Wilhelm: *Cuentos*. Alianza Editorial, Madrid, 1976, p. 117.

(5) ESPINOSA, Aurelio M.: *Ob. cit.*, p. 212, volumen II.

tradición del premio a la agudeza ingeniosa. El éxito final del pastor, en este cuento, es una burla irónica para los que le creían simple y se resisten a la merecida recompensa amparados en una conciencia de clase social superior.

Pero esta selección de narrativa popular tiene otros valores destacados. Mientras las recopilaciones de finalidad folklórica o etnológica se interesan en la recogida fiel del desarrollo, de su sintaxis, de su morfología y su fonética, aquellas que intenten hacerlos accesibles a los pequeños y a los jóvenes lectores no pueden basarse en este método, que conduciría a una difícil lectura o comprensión por este público. Es de justicia resaltar como nota dominante de la versión que ofrece Carmen Bravo-Villasante, el estilo diáfano y el lenguaje cuidado, pero sabiendo conservar la naturaleza de ese carácter eminentemente oral. El lector siente así en ocasiones que le son narradas a él, directamente, por alguien omnipresente gracias al empleo de fórmulas rituales:

- Pues señor, que el príncipe...» (pág. 113).
- Y se acabó mi cuento con pan y rábano tuerto» (pág. 88).
- ... y a mí me dieron unos zapatitos de manteca, que en el camino se me derritieron» (pág. 69).

Cuestión debatida es la adecuación de estas historias para los niños actuales. Entrando en tal debate, considero que la conveniencia de este acercamiento viene avalada por sus indudables valores educativos. Desde el enraizamiento cultural con unas creencias, con una cosmovisión del pueblo que las ha creado, al contacto con los grandes mitos creados por el hombre. Y, en especial, su contribución al desarrollo psicológico infantil, como ya voces más autorizadas —Bettelheim, Meves, Pastorizza, Cone Bryant— han tratado de explicar. No sería oportuno, por ello, insistir en la beneficiosa influencia de los cuentos maravillosos o de hadas en la formación moral o intelectual de los más pequeños.

Y si tales características positivas están al alcance de los jóvenes lectores hay que agradecerse a Carmen Bravo-Villasante, que ha recuperado estos cuentos populares, cuyo volumen abre con una precisa introducción y le completa con unas notas sobre la procedencia de estas narraciones.

No es necesario resaltar la labor de esta gran defensora de la literatura infantil; ahí están sus historias y antologías, su labor investigadora (Premio Nacional de Literatura Infantil 1980), sus traducciones de autores representativos de la literatura infantil universal, sus recuperaciones de obras clásicas (Triarte, Florián, Madame d'Aulnoy) o la fructífera tarea docente de formación de expertos. Pero no conviene olvidar otras de sus facetas, como el cultivo de la biografía donde la erudición no es obstáculo para la amenidad y el perfecto dominio del idioma (Bettina Brentano, Valera, Pardo Bazán, Von Kleist, E.T.A. Hoffman, la Avellaneda), o sus estudios sobre el

de la ilustración en estos textos literarios dirigidos a los niños. Estos realismo podrán disfrutar con las que acompañan a estos cuentos; desde la portada y contraportada de Luis de Horna, con ese estilo que podemos calificar de «barroquismo ingenuo», hasta las interiores de Carmen Andrada, dentro de la misma línea —o mejor— de la misma escuela. Y si podemos hablar de escuela es porque la depurada concepción del dibujo de Luis de Horna, su recreación del ambiente o de la psicología del personaje, su plasmación del «climax», intenta ser una de las constantes de Carmen de Andrada. De Horna hay que recordar el II Premio Nacional de Ilustración en 1979 por su labor por la antología de Alberti *Aire, que me lleva el aire!* (Edit. Labor). Así se difundía un nombre importante con una larga etapa de trabajos para editoriales de otros países donde goza de bien ganado prestigio, ese que parecía resistírsele aquí pese a contar con el premio Lazarillo (1966) por su trabajo con el texto de José María Barrigós titulado *Gino, Comino y el camello Moja-Jamón*. De Carmen Andrada, que aparece con tan formidable compañía, podemos esperar otras muestras de su delicada ingenuidad y de ese saber crear una lectura complementaria de las escenas en estos cuentos.

La colección «Mundo Mágico», de Editorial Noguer, que goza de amplio prestigio por su repertorio de títulos y autores significativos en la literatura infantil universal, queda aún más completa con esta inclusión de una literatura popular española. Deseemos, finalmente, que *Las tres naranjas...* goce de la repercusión acorde con los valores expuestos.

JAIME GARCIA PADRINO